



Colombia, una guerra en ‘contravía informativa’

Sumario

Las guerras modernas son “limpias”. Con la muerte sí se juega. Censura y restricciones. ¿Hasta cuándo la libertad para movilizarse? Las nuevas formas de censura. El período de la propaganda. Dos conclusiones.

Resumen

Se plantea como la política informativa empleada por el Estado colombiano sobre el conflicto armado interno va en contra de los postulados básicos de la que aquí denomino ‘doctrina informativa internacional’, la cual ha sido empleada en las guerras internacionales que han tenido mayor impacto mediático de los últimos 20 años. Se analiza dicha doctrina porque algunos de sus elementos se han convertido en punto de referencia por parte de gobiernos y ejércitos para el manejo de información en caso de confrontación armada. Esa postura de ‘contravía informativa’ que hay en Colombia en ocasiones favorece a los periodistas y a la información pero en otras les es negativa.

Palabras clave: *Periodismo y conflicto armado colombiano, corresponsales de guerra, censura de prensa, guerra psicológica, propaganda.*

Abstract

It is argued how in Colombia the state policy on information regarding it's forty years old internal conflict does not complies with what I call “international information rules” which have been used by most high profile international conflicts during the last twenty years. Such policy is been analyzed since some of its elements are been increasingly used nowadays by some governments engaged in armed confrontations. Such “information misunderstanding” some times serves journalism and the spread of information but some times it works against it.

Key words: *Journalism and Colombian armed conflict, war correspondents, journalism censorship, psychological war, propaganda.*

Artículo: *recibido, septiembre de 2002; aprobado, octubre de 2002.*

Juan Gonzalo Betancur B.: *Periodista. Profesor de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB). Especialista en Análisis Político y del Estado, Universidad Autónoma Latinoamericana (Medellín) y en Comunicación y Conflictos Armados, Universidad Complutense (Madrid).*

Correo electrónico: juango@unab.edu.co

Colombia, una guerra en 'contravía informativa'

Juan Gonzalo Betancur B.

En Colombia, toda acción exitosa de las Fuerzas Militares contra la guerrilla o los paramilitares termina con una rueda de prensa. Y la institución castrense presenta a la opinión pública como sus acciones más exitosas aquellas en las cuales ha causado más bajas al enemigo, es decir, más muertos. Así, no es de extrañar entonces que esas ruedas de prensa sean en muchas ocasiones en el propio 'teatro de operaciones' o en el sitio exacto de la línea de combate donde fueron abatidos los alzados en armas, con los muertos aún calientes.

Imágenes como esas las hemos visto mucho los colombianos, y las seguimos viendo, en especial en los noticieros de televisión, aunque también aparecen en los periódicos. En ellas se muestra a comandantes militares vestidos con uniforme camuflado, informando sobre los resultados del combate. En ocasiones, detrás de ellos se alcanzan a ver elementos de la escena de guerra: helicópteros, soldados que participaron en la operación y porciones del lugar donde fue el enfrentamiento. El oficial militar que da el parte de guerra casi siempre está asediado por micrófonos y grabadoras de los más importantes medios informativos, que para el caso son los que tienen mayor audiencia o lectores. Los muertos, si no están a un lado del que habla, en algún momento se muestran. Si los hubo y los encontraron, siempre se muestran.

La guerra interna que vive Colombia, el llamado 'conflicto armado', es atípica frente a otras confrontaciones en el mundo no sólo por sus causas, determinantes políticos, sociales, económicos y culturales, sino también por el manejo que se hace de la información. Y en este último campo, por ejemplo, el uso propagandístico de la muerte es una característica de la guerra que se libra a través de los medios masivos.

Este análisis toca tres aspectos principales de lo que aquí voy a llamar 'doctrina informativa internacional', comparados con la manera como se informa en Colombia sobre el conflicto armado interno. Denomino 'doctrina informativa internacional' al conjunto de principios que rigen las políticas de información pública de las grandes potencias, o de sus Estados aliados, en las guerras o 'intervenciones militares' internacionales que han tenido mayor impacto mediático en los últimos 20 años.

Las considero no porque hayan sido las guerras más sangrientas ni las más duras, sino porque dentro del conjunto de conflictos que existen (alrededor de 30 en forma permanente en los cinco continentes) han copado la mayor atención de los medios de información en muchas partes del Planeta. Las guerras étnicas de Ruanda a mediados de los años noventa, por ejemplo, dejaron miles de muertos más y una situación humanitaria absolutamente más brutal que la causada por la Guerra del Golfo y, sin embargo, no tuvieron tanto espacio informativo en el circuito internacional de noticias ni ameritaron tanto despliegue periodístico y técnico. Sólo por momentos esporádicos fueron importantes para la prensa. Igual podría decirse de otros conflictos africanos o asiáticos que antes no tuvieron, ni ahora siguen teniendo, tanta atención por parte de los medios, tal vez porque en ellos no estaban involucradas en forma directa tropas de las potencias occidentales, básicamente de Estados Unidos, o porque eran guerras locales, luchas de liberación, o conflictos raciales o religiosos en los que no estaban en juego intereses económicos o políticos de las naciones más poderosas.

Ahora bien, se utiliza la descripción de los principales elementos centrales de esa doctrina informativa internacional porque, se quiera o no, ellos se han ido convirtiendo en referentes para muchos gobiernos y ejércitos en cuanto al manejo de información pública en momentos de confrontaciones internas o externas. Se hace el paralelo con el caso colombiano porque en los últimos cinco años el Gobierno y las Fuerzas Militares han ido modificando su política de información respecto al conflicto y han introducido aspectos usados en esas guerras internacionales, en particular en cuanto a su relación con los periodistas y al uso de técnicas de propaganda.

Hay que advertir que algunos de esos postulados de la que llamo 'doctrina internacional' tampoco eran novedosos, se habían aplicado antes en otros conflictos. Así mismo, el hecho de que se hayan convertido en patrón de conducta dentro de las instituciones de algunos Estados no significa tampoco que se apliquen en todos lados. De hecho, conflictos como los de Argelia,

Chechenia, Bosnia, Ruanda o Sierra Leona, por citar solo algunos, se movieron informativamente bajo otras lógicas; por momentos, tampoco cubren siquiera el conflicto entre Israel y Palestina, ese sí de altísimo impacto mediático. Pero el estudio de estos últimos casos no cubre el presente trabajo.

Del análisis de la doctrina internacional y de cómo se informa sobre el problema colombiano se encuentra por qué la guerra interna colombiana es particular desde el punto de vista del manejo de la información, por qué va entonces en 'contravía informativa', sin querer señalar con eso que un modelo sea mejor o peor que el otro. Las hipótesis de trabajo son:

1. Mientras la mayoría de guerras recientes que han tenido el mayor despliegue mediático internacional han sido 'asépticas', lo cual significa que los muertos no aparecen en la prensa ni en la televisión como se esperaría (debido al alto número de víctimas), en el conflicto colombiano son necesarios: si no se muestran, no se cree que los hubo. Para las Fuerzas Militares del Estado colombiano, la guerra simultánea que se libra a través de los medios de información por ganar la opinión pública es victoriosa en tanto haya muertos del enemigo para mostrar.

2. Mientras la mayoría de guerras recientes que han tenido el mayor despliegue mediático internacional hay un fuerte control para el ingreso de los periodistas a los 'teatros de operaciones', en Colombia de manera tradicional ha habido libre acceso a prácticamente todos los sitios de combate. Sin embargo, empieza a notarse un cambio: tras la masacre de Bojayá (departamento del Chocó), el 2 de mayo de 2002, donde murieron 119 civiles y 98 quedaron heridos al estallar en la iglesia donde se refugiaban una pipa de gas cargada con explosivos, el Ejército impidió la llegada de los periodistas. Así mismo, el gobierno actual, encabezado por el presidente Álvaro Uribe Vélez, expidió en octubre de 2002 un instructivo que fijó condiciones para el ingreso de corresponsales extranjeros a las llamadas Zonas de Rehabilitación y Consolidación, que son áreas específicas dentro del territorio nacional que, por



tener graves alteraciones de orden público, están cubiertas por medidas policiales, militares y administrativas de carácter especial. Hasta comienzos del mes de noviembre de 2002 no se habían presentado bloqueos gubernamentales al trabajo de los reporteros extranjeros, pero la medida, en sí misma, es una novedad dentro de lo que ha sido el proceder de los gobiernos colombianos ante los periodistas que cubren el conflicto armado.

3. Mientras en la mayoría de guerras recientes que han tenido el mayor despliegue mediático internacional hay algunas prácticas reales de censura oficial, en Colombia ella existe de por medio del ocultamiento de información y por presiones sutiles o indirectas a los directores de medios y periodistas. De manera adicional, hay que resaltar la existencia de dos situaciones nefastas que están restringiendo la información en forma alarmante. Se trata de la intimidación sistemática y de los homicidios de periodistas - quienes para proteger sus vidas prefieren aplicar una dura autocensura- así como de la concentración de la publicidad en los grandes medios, todos ellos con fuertes vínculos con los poderes económicos y políticos del país. Esta última situación ha debilitado empresarialmente a los medios independientes que, en consecuencia, no tienen los suficientes recursos financieros, físicos y de personal para ejercer un buen periodismo.

Las guerras “modernas” son “limpias”

¿Por qué tras bombardeos intensos como los que se supone ocurrieron en las guerras del Golfo o Afganistán, no aparecieron en la prensa occidental personas muertas? ¿Por qué de los casi 3.000 muertos de las Torres Gemelas apenas se apreciaron unos pocos fallecidos, básicamente aquellos que se arrojaron desde los pisos superiores? ¿Por qué se conocen tan pocas imágenes de la Guerra de Las Malvinas o de las invasiones de Estados Unidos a Panamá, Granada o Somalia? Pero, ¿por qué sí se vieron en Bosnia, Ruanda o Sierra Leona? ¿Qué tenían estas últimas de distinto?

Eso se debe a que las guerras contemporáneas son 'limpias' en cuanto al manejo de la

información, 'asépticas', sin imágenes desagradables que afecten a la opinión pública. Ahora, los gobiernos de las naciones desarrolladas, de las llamadas grandes potencias militares y económicas -y aquí vale hablar básicamente de este modelo planteado desde Estados Unidos y para Estados Unidos, aunque otros lo sigan-, se cuidan mucho de 'herir' a sus ciudadanos mostrándoles imágenes crudas de una confrontación cuando en ella participan en forma directa sus soldados. De esa forma, dicha guerra se le presenta a la opinión pública como una situación distante, necesaria y costosa, pero que sin embargo no les toca ninguna fibra íntima, no les causa asco ni repudio. Las guerras llamémoslas 'propias' de ellos, no se muestran plenamente por los 'gigantes' de la información internacional (agencias y canales de noticias) cuando están involucradas tropas de los países del mundo desarrollado, principalmente Estados Unidos.

Una ciudadanía que desconoce los horrores de la confrontación, que no ha visto las atrocidades que se comenten en un campo de batalla, se convierte entonces en una opinión pública que no cuestiona las decisiones gubernamentales de embarcarse en una aventura militar. Eso lo sabe muy bien el gobierno de Estados Unidos, en especial después del papel jugado por la opinión pública de su país durante finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, cuando la Guerra de Vietnam se le había empantanado y fue una sucesión de derrotas, avances, derrotas y más derrotas. A partir de ese momento, el gobierno norteamericano cambió las políticas oficiales de manejo informativo de las guerras en las cuales Estados Unidos participó. El siguiente país que aprendió la lección fue Inglaterra y a partir de ahí sus aliados en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), porque esa institución militar depende, según especialistas, de lo que diga Estados Unidos. Presentar el horror fue en adelante prohibido: ya los periodistas habían mostrado bastante durante Vietnam.

“Todos oímos la historia del tipo de la Sierra que estaba 'montándose su propio amarillo', piezas no le faltaban, desde luego”, relata Michael Herr (1980: 38) en su gran reportaje

Despachos de Guerra, un relato impresionante sobre lo que pasaba con los *marines* norteamericanos en Vietnam, en 1967:

“En Chu Lai, unos *marines* me indicaron a un hombre y me juraron por dios que le habían visto rematar de un bayonetazo a un norvietnamita herido y luego limpiar la bayoneta con la lengua. Había un cuento famoso, de unos reporteros que le preguntaron a un ametrallador de puerta de un helicóptero: ‘¿Cómo puedes disparar contra las mujeres y los niños?’ Y él contestó: ‘Es más fácil, hombre, no tienes que machacarlos tanto’. En fin, decían que había que tener sentido del humor y, bueno, hasta el Vietcong lo tenía. En una ocasión, después de una emboscada en que murieron muchos de los nuestros, cubrieron la zona con copias de una foto en que aparecía otro joven norteamericano muerto con esta cosa tremenda escrita en la espalda: ‘Su radiografía acaba de llegar del laboratorio y creemos saber cuál es su problema’”. (Herr, 1980: 38)

Los relatos de Herr fueron quizá los más impactantes escritos por un corresponsal norteamericano sobre esa guerra. Pero hubo muchos otros periodistas que relataron en detalle para la prensa escrita, la radio y la televisión, cómo morían y cómo mataban los soldados norteamericanos. Cómo eran masacrados, pero también cómo masacraban esos muchachitos nacidos y criados en lo más tradicional de la sociedad estadounidense.

Por eso la opinión pública volteó la torta. Mucha gente en toda la *unión americana* se hastió de la guerra y salió a las calles a protestar, hubo enfrentamientos entre estudiantes y policías en las principales ciudades, titulares de noticias y de editoriales cuestionaron el papel que se estaba cumpliendo en ese lejano territorio. “Nuestra participación [en la guerra] había comenzado abiertamente, con el apoyo casi unánime del Congreso, del público, de los medios”, reconoció Henry Kissinger en sus memorias (1980: 169). “Pero para 1969 -continúa- nuestro país estaba escindido por la protesta y la zozobra, que a veces tomaba formas violentas y feroces. La tolerancia cívica en la que debe vivir una sociedad democrática habíase perdido. Ningún gobierno puede

funcionar sin un mínimo de confianza popular. Todo esto disipábase ante la severidad de nuestras alternativas y el encono creciente de nuestra controversia doméstica” (Kissinger 1980: 169).

El mismo Kissinger atribuyó buena parte de lo que ocurrió con la opinión pública al papel de los medios masivos de información: “La guerra de Vietnam fue el primer conflicto mostrado por la televisión e informado a través de una prensa básicamente hostil. La sordidez, los sufrimientos y la confusión inseparables de cualquier guerra se convirtieron en parte de la experiencia viva de los norteamericanos; muchos culparon de esas agonías a los defectos de los propios líderes” (1980: 357).

En un análisis sobre la manera en que se informó y sobre las condiciones de trabajo de los periodistas durante la guerra de Vietnam, el coronel de Caballería Francisco Marín Calahorra –del Ministerio de Defensa de España-, explica (1999) que en Vietnam “los militares facilitaron que se cumplieran los tres requisitos que los medios consideran esenciales para cubrir la información en guerra: proporcionaron entrada total a las zonas de combate, permitieron movilidad absoluta dentro de éstas y hubo acceso en todo momento a la información oficial (...) El resultado del conflicto llevaría a los militares a rechazar, en el futuro, la posibilidad de que se cumplieran los requisitos mencionados. La invasión a Granada en 1983 se hizo con ausencia total de periodistas y en la de Panamá, en 1989, fueron controlados y paseados en *pools* después del fin de las operaciones”.

Por eso a partir de ahí las imágenes que se tienen de esas ‘grandes guerras internacionales’ (según el despliegue que recibieron) son tan pobres desde el punto de la acción bélica misma: los soldados que disparan, de inmediato se nota que están en una zona de entrenamiento; los aviones caza sólo despegan o aterrizan de portaviones o bases en territorio ‘amigo’; las imágenes de misiles y bombas que dan con precisión en los blancos, es claro que son suministradas por las fuerzas armadas; los bombardeos de los poderosos aviones B-52, se ven demasiado lejos; hay demasiada simulación,



demasiadas escenas preparadas en lugares fuera de la línea de combate para que los camarógrafos tengan algo que mostrar, algo aparentemente real sobre lo que está pasando. Por supuesto que un ciudadano medio, sin idea de todo esto, cae en la trampa y cree estar viendo la guerra en directo.

¿Dónde están los muertos civiles? ¿Dónde se ven las bajas militares? ¿Dónde la destrucción causada por los famosos 'daños colaterales', es decir, los errores en un bombardeo o en un ataque de tierra? ¿Quién vio en la televisión, los periódicos o las grandes revistas a alguno de los 812 civiles muertos por Estados Unidos durante los ataques a Afganistán, según denuncia publicada por el New York Times el 21 de julio de este año, citando una investigación de la organización estadounidense Global Exchange?¹ ¿Dónde siquiera las "bajas" en las filas del Talibán?

Con la muerte sí se juega

En Colombia, sin embargo, los muertos son 'necesarios', la visibilidad de la muerte a través de los medios masivos es considerada por todos los actores armados (legales e ilegales) una táctica más para demostrar a la opinión pública que la confrontación se está ganando.

Hacer ver al mayor número posible de ciudadanos que murieron los que el Estado llama 'enemigos del país y la sociedad' ha sido una constante en las Fuerzas Militares colombianas. El general José Joaquín Matallana, citado por Olga Behar en el libro *Las guerras de la paz*, cuenta cómo situaciones de esas tuvieron incluso tintes sorprendentes. Dice Matalla sobre la lucha contra el 'bandolerismo' en el departamento del Tolima, entre 1962 y 1964, que la gente no creía que los bandoleros abatidos por el Ejército efectivamente estuvieran muertos y les daba temor que regresaran a matarlos. Entonces el Ejército optó por hacer que la mayor cantidad de personas vieran con sus propios ojos los cadáveres de los criminales. Textualmente, el general señala:

"Fue un exhibicionismo obligado y desagradable; pueblos enteros, de cuatro a cinco mil personas, pasaban frente al cuerpo sin vida del bandolero y miraban durante un rato el cadáver. Algunas personas hacían la hilera y al llegar al tipo miraban para otro lado, porque temían que el hombre se estuviera haciendo el muerto, pero que en realidad observaba a los que veían, para tomar venganza después. Ya había moscos alrededor y olía a descompuesto, pero la gente no miraba, así era el terror" (Behar 1985: 39).

En otras ocasiones, lo que se buscaba con dichas exhibiciones era que las personas retiraran su apoyo a los delincuentes. Por eso en el pueblo tolimense de Santa Teresa, en esa misma época, se obligó a todos los habitantes a pasar frente a unos cadáveres. Así relata Matallana esa historia, en el mismo texto mencionado:

"Al día siguiente llevamos a los muertos -siete a Santa Teresa. Pasaron unas tres mil personas frente a los cadáveres; pasaban los padres, las hermanas, los hijos. Ordené a todo el pueblo salir a la plaza, dejando sus cosas como estaban, sin cerrar las tiendas. Organicé a los viejos, los niños y las mujeres -había varias embarazadas- en carros y el resto a pie, para iniciar una marcha hasta los galpones del Batallón Patriotas, comandado por el coronel Armando Pinzón Caicedo, en El Líbano. Los soldados recibieron al pueblo completo de Santa Teresa y mientras tanto yo me dediqué, casa por casa, a buscar en ese sitio desolado a 'Sangrenegra' [el más famoso bandolero de la región]. Diez días después el pueblo regresó a Santa Teresa y encontré todas sus cosas como las habían dejado. El general Revéiz me buscó por todas partes y yo me les perdí, porque yo lo que quería era cambiar la mentalidad de esas gentes" (Behar 1985: 39).

Aún se mantiene esa tradición de comprobar que un delincuente murió sólo al ver su cadáver; entre otras cosas, por la desconfianza que la ciudadanía tiene frente a la información oficial o extraoficial de orden público. Ahora, millares de personas 'desfilan' ante los cadáveres de los

¹ Artículo *Estados Unidos mató a 812 civiles por error en Afganistán*. Despacho de la Agencia Francesa de Noticias (AFP), emitido en Washington y publicado por el diario El Tiempo el 22 de julio de 2002.

abatidos, pero a través de las pantallas de televisión o las fotos de los periódicos y revistas. Es la misma historia, con el mismo objetivo, sólo que con protagonistas distintos y medios informativos modernos.

La vieja frase de que “la primera víctima de la guerra es la verdad”, pronunciada en 1917 por Hiram Johnson, congresista demócrata estadounidense, sí que ha calado entre la opinión pública colombiana que sabe de sobra que muchos de los reportes militares que entregan Ejército, guerrilla o paramilitares luego de un combate, lo más seguro es que están distorsionados o no dicen toda la verdad.

Raúl Sohr, en su libro *Las guerras que nos esperan: EEUU ataca*, explica que la información sobre la guerra se manipula en los diferentes niveles de los gobiernos y en lo que él denomina el “espíritu de los ciudadanos”, como parte de procesos circunstanciales o deliberados. Para el caso colombiano, esto aplica perfectamente. Este autor afirma:

“En todo conflicto un grueso velo obstruye la visión. Las autoridades de cada bando emiten información engañosa para encubrir sus verdaderas intenciones. La vieja maquinaria de propaganda ha evolucionado para convertirse en el refinado arte de la ‘guerra psicológica’. Los antecedentes considerados dañinos se censuran. La parcialidad brota de modo natural, estimulada por sentimientos patrióticos o ideológicos. Cunden los rumores, intencionados o ingenuos. Las comunicaciones se tornan difíciles y se multiplican los errores de transmisión. Las versiones fantasiosas alzan el vuelo en situaciones de tensión en que la verificación es imposible. Este es el ambiente adverso a la verdad -olvidemos rigurosidad- en que transcurren los momentos críticos en las guerras” (Sohr 2002: 67).

En el conflicto armado colombiano, los muertos, infortunadamente, se han convertido en uno de los indicadores reales y tangibles para medir la efectividad de cada uno de los ejércitos en confrontación (del Ejército legal -es decir, el constitucional del Estado- y de los ilegales -guerrilla y los paramilitares-). De ahí entonces que hay que mostrarlos, exhibirlos como trofeos de caza.

Dentro de esa perspectiva, la mayoría de veces pasan a un segundo plano aspectos de más trascendencia desde el punto de vista estrictamente militar, producto también de esas operaciones donde se causó bajas al contrario como, por ejemplo, el copamiento de territorio del enemigo, el bloqueo a sus redes de abastecimiento logístico o la neutralización de agresiones.

En este sentido de relación con la muerte es que el conflicto interno que padece Colombia va en ‘contravía’ con la doctrina informativa internacional aún predominante. A diferencia de otros lados, cada vez están más altos los niveles de tolerancia de la opinión pública nacional frente a la brutalidad de la confrontación, por lo que, para completar el círculo vicioso, ejércitos y medios masivos llenan páginas y pantallas con imágenes que convierten a los caídos en la confrontación en piezas de un dantesco espectáculo mediático de sangre.

Censura y restricciones

El segundo aspecto característico de la doctrina informativa internacional de los conflictos bélicos tiene que ver con el fuerte control de los periodistas para el ingreso a los ‘teatros de operaciones’, es decir, a las zonas de combate. Esa fue la principal lección que dejó la ‘permisividad’ que se tuvo con los reporteros durante la guerra de Vietnam.

La confrontación armada donde se ensayó la nueva forma de restricción a la prensa fue la Guerra de las Malvinas. El conflicto estalló el 2 de abril de 1982 cuando tropas de Argentina invadieron las islas Malvinas o Falkland, pertenecientes al Reino Unido pero situadas en el Atlántico Sur y muy cerca del país suramericano. Raúl Sohr, en el texto *Historia y poder de la prensa*, explica cuál fue la postura británica frente al manejo de la información: “La gran novedad fue la introducción del *pool* o grupo selecto de reporteros. El Ministerio de Defensa británico explicó que los buques de la Royal Navy podían transportar un número limitado de periodistas, así que se seleccionaría a algunos y todo el material que estos produ-



jeran estaría a disposición de la prensa en su conjunto”.

“En un principio, el Ministerio ofreció cupo para seis periodistas; tras arduas negociaciones, extendió las vacantes a 17. Todos debieron firmar un documento en el que aceptaban someter a censura sus despachos antes de enviarlos. Por lo demás, todas las transmisiones se realizaron a través de sistemas de comunicaciones de las fuerzas armadas”.

“Otro aspecto clave del control que ejerció la autoridad británica fue su negativa a embarcar corresponsales que no fueran británicos. Los grandes medios norteamericanos presionaron sin éxito para incluir a algún reportero. De esta manera, no hubo observadores neutrales. Periodistas experimentados fueron vetados porque sus puntos de vista se consideraban críticos. Uno de los más laureados corresponsales ingleses, Max Hastings, expresó su visión con gran franqueza: ‘La mayoría de nosotros decidió antes del desembarco que nuestro papel era reportear de la manera más favorable posible lo que hacían las fuerzas británicas’ (...) Seis encargados de la censura, además de los oficiales de relaciones públicas, trabajaron asistiendo a los corresponsales en esta cobertura positiva” (Sohr 1998: 61).

Pero ahí no terminó todo. El gobierno británico también definió una lista de 10 temas o “áreas sensibles” sobre las cuales los periodistas no podían informar: básicamente era información técnica sobre tropas, movimientos y operaciones militares pues se consideraba que tras su difusión podía ser utilizada por el enemigo. Así mismo, por las características de la zona y de los medios de transporte (los barcos de la Marina Real), sólo se podían enviar las noticias y reportajes por los medios de transmisión oficiales. Tampoco se facilitó el acceso a otras fuentes primarias y, por el contrario, hubo mucho contacto con los portavoces o asesores del Ministerio de Defensa británico.

Con semejantes controles, la información fue más que limitada. La situación generó críticas a los medios y al gobierno inglés, tensiones entre periodistas y fuentes militares y cuestiona-

mientos de algunos sectores periodísticos y sociales a esa estrategia informativa. Sin embargo, instituciones como la Cámara de los Comunes, por medio de su Comité de Defensa, analizó el tema y concluyó que la política informativa utilizada fue la adecuada.

A partir de ahí se volvió una constante la utilización de *pools* de periodistas, la restricción al acceso de los reporteros a las áreas de combate, la prohibición de dar información sobre determinados aspectos y la canalización de la información a través de ruedas de prensa o *briefings*. Todo eso se empezó a emplear como estrategia debidamente preparada por los ejércitos y los gobiernos de las grandes potencias, sin importar que se tratara de guerras de gran magnitud como la del Golfo, ataques como los de Afganistán, invasiones militares de mucha importancia política pero de menor tamaño logístico, como las de Granada (en 1983) y Panamá (en 1989), u operaciones que se enmarcan dentro de las llamadas ‘misiones internacionales de paz’ en las que participan ‘fuerzas multinacionales de seguridad’ o ‘fuerzas de estabilización’, como las creadas por la OTAN en 1995 y 1997 para los conflictos de Bosnia y Kosovo.

La crisis internacional que comenzó el 2 de agosto de 1990 cuando tropas de Irak invadieron Kuwait, y la Guerra del Golfo como tal, que empezó el 16 de enero de 1991, han sido consideradas por muchos historiadores de los medios de comunicación como el punto culminante de esta nueva política de restricción y control informativo. El coronel Francisco Marín Calahorra explica:

“Los aliados establecieron una política informativa diseñada bajo el Síndrome de Vietnam y aplicaron las experiencias obtenidas en los conflictos de la década de los ochenta. Los gestores de esa política determinaron que la conducción de la guerra impone: no proporcionar información útil al enemigo y evitar que se publiquen noticias desmoralizadoras para las tropas y la población amiga. Control estricto de la información será el resultado”.

(...) “Los tres países occidentales con mayor presencia en las operaciones –Estados Unidos,

Reino Unido y Francia- diseñaron políticas informativas paralelas que unificaron para obtener los mejores resultados ante la opinión pública internacional. *Muchas naciones, una sola imagen*, será el eslogan que mejor resumirá la situación. Así, independiente de la política de información que cada país desarrollaría hacia sus nacionales, en función de su situación política y de la particular idiosincracia de aquellos, se definió una política informativa común y se creó una Oficina Unificada de Información de la fuerza internacional para el teatro de operaciones”.

(...) “La política de información se establecerá, en su conjunto, en el marco legal existente en tiempo de paz -derecho a la información-, pero con restricciones parciales o locales durante el desarrollo del conflicto. Es bien claro que, en regímenes democráticos, con total reconocimiento de un sistema de libertades, el vocablo ‘censura’ nunca es bien recibido. Por ello, recordando el lenguaje utilizado por los británicos en las Malvinas, se hablará de ‘verificación, revisión o aprobación’ de los contenidos en los reportajes”.

“Todos establecieron sistemas de *pools*, grupos de periodistas que, acompañados siempre por oficiales, sólo podían visitar aquello que se les proponía. Los que no tenían suerte de ser incluidos en los grupos debían contar lo que los otros les leían”.

“Uno de los ‘grandes logros’ del sistema anterior fue que desapareció la posibilidad, por parte de los periodistas, de conseguir un *scoop* [una exclusiva, lo que en Colombia también se llama una *chiva*]. Nadie pudo anotarse en su haber, como en otras guerras, el éxito de una exclusiva o de una noticia sensacional. Nadie lograría su Pulitzer como, en Corea, lo consiguió Margaret Higgins por sus reportajes sobre la guerra, o Neil Sheehan, durante la guerra de Vietnam, por la publicación de los ‘Dossier del Pentágono’, en el New York Times, por citar algunos” (1999).

Desde el punto de vista del impacto mediático, los resultados de esta política informativa fueron un éxito para los gobiernos y sus ejércitos, pero

un desastre para los periodistas. Alejandro Pizarroso Quintero dice respecto a la información de prensa en la Guerra del Golfo: “En realidad en esta guerra no ha habido prácticamente informadores sobre el terreno. Ha sido una guerra seguida desde las retaguardias, desde los estados mayores, desde Bagdad, desde Riad. Es decir, sin posibilidad para los corresponsales y enviados especiales de recoger información por sí mismos, debiendo limitarse a ser los transmisores de una información que ya les llegaba perfectamente elaborada, ‘lista para su uso’ y naturalmente censurada” (1991: 118).

La política de restricciones sigue intacta. El conocido periodista mexicano Jorge Ramos Ávalos, reportero y presentador estrella de los noticieros de Univisión, explicó en un artículo de prensa del 15 de octubre de 2001 que durante la campaña militar contra Afganistán que realizó Estados Unidos, la llamada Guerra contra el Terrorismo, los controles a la información estaban siendo idénticos a los citados:

“Los periodistas que viajan en los portaaviones norteamericanos y acompañan a las fuerzas especiales de Estados Unidos y Gran Bretaña tienen que aceptar la censura directa por parte de los militares. Y esto tiene su razón de ser. Ningún reportero que acompañe a soldados de la alianza contra Afganistán puede decir dónde se encuentra ni dar información que ponga en peligro a militares y civiles norteamericanos. Quien no acepta ser censurado de antemano, sencillamente, no puede participar en esas misiones. Esas son las reglas del juego en tiempos de guerra; se toman o se dejan”².

La política de restricción fue más que evidente desde el propio momento de los atentados del 11 de septiembre y de ella se ha hablado públicamente. Los controles sobre la información vinieron desde el mismo día de los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono, y cubrieron a gran parte de la prensa norteamericana. El 19 de noviembre de 2001, el periódico *El Tiempo* informó:

“Los periodistas se quejan a diario de la poca información que están recibiendo de las

² Artículo *El periodista y la guerra*, en www.jorgeramos.com/articulos/articulos116.htm



autoridades que, incluso, han limitado a solo 12 los medios de comunicación con los que se tiene algún tipo de intercambio”.

“A los funcionarios en el Departamento de Estado, la Casa Blanca y el Pentágono se les tiene prohibido hablar con los medios y muchos han recibido ‘recomendaciones’ sobre el tipo de historias que deben o no publicar. La suspensión de la entrevista con un portavoz talibán que pensaba transmitir la *Voz de América* y las críticas por el contenido del programa *Políticamente Incorrecto* son algunos ejemplos de la presión que ejerce la administración”.

“Además, el Gobierno le pidió ayer a las principales cadenas de televisión del país que no retransmitan íntegros los comunicados en video de Osama Bin Laden, por el temor de que el saudí utilice estos mensajes para enviar mensajes codificados a sus hombres con instrucciones para cometer más atentados terroristas. El llamado fue aceptado inmediatamente por *CNN*, que no emitirá mensajes de Bin Laden o de sus portavoces sin que sean vistos con anterioridad o sin informar antes a las autoridades”.³

La maquinaria de restricciones a la información no sólo se mantiene sino que se ha ‘aceitado’ en momentos en que, al unísono, demasiadas naciones se han unido a la nueva cruzada norteamericana esta vez contra el terrorismo.

¿Hasta cuándo la libertad para movilizarse?

Hasta el momento, en el conflicto colombiano no se ha llegado a tales niveles de restricción. Aquí no hay censura en el sentido clásico, es decir, no hay restricciones legales para el manejo de la información, no hay cierre de periódicos ni políticas gubernamentales que obliguen a los medios de información a que sus ediciones o emisiones tengan el visto bueno previo del Estado. La Constitución Política de Colombia, de 1991, es tajante en prohibir la censura. El artículo 20 dice:

“Se garantiza a toda persona la libertad de expresar y difundir su pensamiento y opiniones,

la de informar y recibir información veraz e imparcial, y la fundar medios masivos de comunicación.

Estos son libres y tienen responsabilidad social. Se garantiza el derecho a la rectificación en condiciones de equidad. No habrá censura”.

Lo que sí es frecuente de parte del Estado son las presiones indebidas escondidas como ‘recomendaciones’ o ‘sugerencias’ a los reporteros o llamadas privadas a los directores de periódicos o estaciones de radio y televisión para solicitar que una información no salga o aparezca matizada como las instituciones del gobierno o las Fuerzas Armadas quieren.

En términos generales, los periodistas encargados del cubrimiento del conflicto interno colombiano han tenido libertad para movilizarse por todo el territorio nacional y de llegar (aunque lo hacen generalmente tarde) a los sitios de combate. Si no hay más imágenes o informes desde las zonas de confrontación es por la imposibilidad de llegar debido a la distancia, la falta de recursos, porque no lo consideran importante o por el desinterés de directores o editores por tener periodistas en esos lugares. Ahora bien, ¿hasta qué punto esa ‘falta de interés’ se debe no a un ‘mal olfato periodístico’ sino a directrices superiores que vienen de los dueños de los medios que están poco interesados en que se muestre la guerra? Evidentemente esa es una de las causas, aunque no se hable públicamente de ella, determinada por la estrecha relación de los propietarios de los medios con los mayores poderes políticos, económicos y gubernamentales, bien sea locales, regionales o nacionales.

Cuando se tiene la decisión, la prensa ha podido estar muy cerca de la confrontación real. Por eso, equipos periodísticos que acompañaban a patrullas del Ejército o que buscaban estar cerca de las zonas de enfrentamiento armado han quedado en medio del fuego cruzado. Eso es claro en las imágenes que ha mostrado la televisión cuando ha ocurrido y en los testimonios de los mismos reporteros.

³ Artículo *Información de guerra en E.U., ¿control o censura?* Periódico El Tiempo, lunes 19 de noviembre de 2001.

Impedir el acceso de la prensa a los ‘teatros de operaciones’ no ha sido una política estatal en Colombia, ni una actitud permanente (¿acaso porque no se ha necesitado?). Cuando se presentan restricciones, ellas básicamente responden a cualquiera de estas tres causas:

- Que la prensa no sea testigo, no presencie hechos que están ocurriendo en áreas en las que se realizan operaciones militares. El ejemplo más claro de esto ocurrió tras la muerte de 119 personas en Bojayá, un pequeño caserío ubicado en la selva del departamento del Chocó, luego del estallido de una pipeta de gas cargada con explosivos la cual fue arrojada por guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). La tragedia se presentó el 2 de mayo de 2002. Las personas se habían refugiado en el templo católico para protegerse del fuego cruzado entre guerrilleros y paramilitares. La detonación dejó, además, 98 personas heridas y causó el desplazamiento de más de mil habitantes tanto del pueblo como de la región aledaña. Decenas de periodistas nacionales y extranjeros llegaron hasta la ciudad de Quibdó, capital del departamento, pero no se pudieron movilizar por el río Atrato, única vía de ingreso a Bojayá, porque las Fuerzas Militares lo impidieron bajo el argumento de que los grupos ilegales tenían en él varios retenes. En Bojayá, Farc y paramilitares combatieron durante varios días y el Ejército y la Fuerza Aérea Colombiana bombardearon e hicieron ametrallamientos desde el aire, con la población civil aún en medio.⁴

- Que los periodistas no interfieran en las operaciones militares, al obligar a las tropas a brindarles protección en momentos en que están repeliendo un ataque o en acciones de persecución de sus agresores.

- Para obligar a que los reporteros ingresen a esas áreas sólo en vehículos del Ejército o la Policía o guiados por oficiales de esas instituciones. Bien se sabe que al aceptar viajar en un helicóptero de la Fuerza Aérea, un barco de la Armada o un camión del Ejército, de manera sutil el reportero se siente condicionado a tener que medir muy bien lo que dice para ‘pagar el favor’ de que lo hayan transportado

hasta el sitio de la información. Y, por supuesto, está limitado a que lo lleven donde las Fuerzas Militares quieran que esté y a que observe sólo lo que ellas desean.

Sin embargo, un primer paso en la implantación de restricciones legales por parte del gobierno colombiano para el ingreso de la prensa a sitios donde se desarrollan operaciones militares es el decreto 2002 del 9 de septiembre de 2002. La disposición fijó varias normas para que los periodistas, en particular extranjeros, pudiera ingresar a las áreas del territorio colombiano que el Gobierno Nacional denominó Zonas de Rehabilitación y Consolidación. Dichas zonas fueron creadas al amparo de la Conmoción Interior, régimen de excepción contemplado en el artículo 123 de la Constitución Nacional, decretado el 12 de agosto de 2002, apenas cinco días después de posesionado el nuevo gobierno. La Conmoción Interior se puede aplicar para todo el territorio nacional o para una o varias partes del mismo; su objetivo es dotar al gobierno de mecanismos legales extraordinarios para devolver la tranquilidad en momentos de grave alteración del orden público. Permite la restricción de algunos derechos como el de circulación y reunión, así como la limitación de mensajes por radio y televisión. La Conmoción puede ser sólo por 90 días -prorrogables hasta por dos períodos de tiempo similares, es decir, podrá tener un máximo de 270 días- y las normas que se expiden bajo su égida no pueden ir contra los derechos humanos.

Así, las dos primeras Zonas de Rehabilitación y Consolidación cubren 24 municipios de los departamentos de Bolívar y Sucre (al norte del país, en la Costa Atlántica) y tres de Arauca (en el Nororiente colombiano, en límites con Venezuela). Todos esos lugares tienen en común graves problemas de seguridad producto del accionar de guerrilla, paramilitares y delincuencia organizada.

Un mes y medio después de creadas estas zonas, la Oficina de Prensa de la Presidencia de la República dio a conocer el documento que determinó las condiciones para el ingreso a las

⁴ El relato completo de lo ocurrido con la población civil y con la prensa aparece en el libro *Los muertos no hablan*, de Paco Gómez Nadal, y en un informe de la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos.



mismas de los periodistas extranjeros. Tras la disposición, el Instituto Prensa y Sociedad explicó:

“En la comunicación el Gobierno indica que el alcance de las medidas de tránsito y permanencia son exclusivamente para extranjeros. Y señala al Ministerio del Interior como el encargado de dar la autorización para el ingreso de los periodistas extranjeros. Para su trámite sólo se requiere una carta dirigida a Fernando Londoño, ministro del Interior, donde ‘de forma explícita’ se identifique a las personas que irán a estas zonas, los días de permanencia y los lugares donde se desarrollará el trabajo, la carta debe estar firmada por el representante del medio en Colombia”.

“Quien firme las cartas ‘se hace responsable por las actuaciones de las personas a su cargo durante la permanencia en la Zona’. Estas autorizaciones sólo se entregarán a los medios de comunicación que estén acreditados en la Oficina de Prensa Internacional de la Presidencia de la República”.⁵

Aunque no se dijo públicamente, una de las motivaciones para que cubra sólo a extranjeros se debe a la política oficial de controlar posibles incidentes como los que se presentaron durante el último año con ciudadanos europeos que, a juicio de las autoridades militares y policiales colombianas, estaban en Colombia haciendo actividades distintas al turismo, supuestamente a lo que habían llegado: tres irlandeses fueron acusados de hacer parte del Ejército Republicano Irlandés (IRA) y de haber dado entrenamiento militar a miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), en la antigua Zona de Distensión, en el sur de Colombia, donde el Gobierno Nacional mantenía conversaciones con esa guerrilla; y dos españoles integrantes de una organización no gubernamental fueron expulsados del país cuando acompañaban una movilización ciudadana de protesta.

Hasta comienzos de noviembre de 2002 no se habían presentado incidentes entre reporteros extranjeros y el gobierno colombiano por el

cumplimiento de esta medida. Incluso, el Instituto Prensa y Sociedad reconoció que el trámite era ágil y sencillo. Pero, ¿será éste el primer paso en limitar la movilización de la prensa en el futuro, tal como desde hace 20 años lo dictamina aquella doctrina informativa internacional?

Las nuevas formas de censura

Ahora bien, pese a que en Colombia hasta ahora no existen las formas clásicas de censura oficial, hay dos aspectos que deben ser considerados nuevas formas de censura pues limitan y en ocasiones cercenan de tajo la posibilidad de difundir información de calidad.

La primera es la autocensura. Si bien ella siempre ha limitado al periodismo en Colombia, en los últimos años es particularmente grave la forma como está coartando la labor informativa. Aunque ella es ejercida en forma autónoma por medios y periodistas, en realidad se convierte en el resultado de una política de censura en tanto se trata de un mecanismo de defensa respecto a presiones planificadas y continuas realizadas por los actores de la violencia contra los periodistas. Dichas presiones, en particular las ejercidas por los grupos paramilitares y guerrilleros, responden a una estrategia de guerra que busca callar a la prensa. En Colombia, no son hechos aislados: se trata de acciones sistemáticas y permanentes que hacen parte de una estrategia de guerra perfectamente definida por cada uno de los bandos ilegales de la confrontación.

No de otra manera se entiende el elevado número de casos de reporteros amenazados y asesinados en el país en los últimos años, precisamente cuando el conflicto armado se agudizó. Un informe de la Vicepresidencia de la República de Colombia revelado el 2 de agosto de 2002 indicó que el número de periodistas amenazados y bajo protección en el país habían pasado de ser 77 en 1999 a 327 en el año 2002.⁶

Así mismo, los datos sobre Colombia que entregan los informes periódicos de la

⁵ Artículo *Abren Zonas de Rehabilitación y Consolidación a la prensa extranjera - La Oficina de Prensa dio a conocer un instructivo acerca de cómo corresponsales podrán acceder a estos lugares*. En: www.ipyspe.org.pe/interprensa/textos25oct2002.htm#segunda

⁶ El dato fue tomado de un despacho de la agencia de noticias AP (Associated Press) del 2 de agosto.

Fundación para la Libertad de Prensa (Flip) son desalentadores; el reporte sobre lo que ocurrió hasta octubre del año 2002, dice: “Trece periodistas han muerto en diferentes eventos desde mayo del 2001. Diez de ellos por razones claramente asociadas al ejercicio de su profesión, dos apuntan a desligar las motivaciones de los crímenes de su condición de periodistas (los reseñamos porque aún no hay resoluciones definitivas que lo demuestren), y uno se encuentra en una etapa preliminar de investigación. De estos periodistas muertos, siete trabajaban para radio (estaciones comunitarias en su mayoría), cuatro para prensa y dos para televisión (...) En el período mayo 3 del 2001 y mayo 3 del 2002 fueron amenazados 31 periodistas (...) Por lo menos diez periodistas abandonaron sus ciudades y algunos de ellos el país (...) La constante intimidación, las amenazas y los ataques han silenciado a medios en regiones enteras como Caquetá, Sucre, Nariño, Cesar, entre otras” (Gómez 2002).

La situación ha sido motivo de amplia discusión. El 22 y 23 de marzo de 2002, alrededor de 200 periodistas de 15 países se reunieron en Bogotá en la ‘Conferencia: los medios informativos en peligro’, al término de la cual declararon: “La Conferencia repudia sin reservas los cobardes y atroces ataques en contra de la libertad de prensa y le hace un llamado a todas las autoridades judiciales y a las fuerzas de seguridad y la policía para usar todos los recursos posibles para castigar a los violentos. La Conferencia resalta que la situación de la prensa colombiana frente a las muertes y los secuestros, merece toda la atención nacional e internacional”.⁷ El foro fue organizado por la Asociación Mundial de Periódicos, el Foro Mundial de Directores, la Asociación de Diarios Colombianos (Andiarios), la Sociedad Interamericana de Prensa y el Fondo de Apoyo Internacional para los Medios, de la Unesco.

Esta problemática ha llevado a recordar el alto costo que paga la prensa por informar sobre las guerras. La Federación Internacional de

Periodistas (FIP) dio a conocer el pasado 30 de septiembre que ya eran 50 los periodistas muertos este año en todo el mundo cuando cubrían conflictos armados. “El coste humano de la cobertura mediática de los conflictos es ya demasiado elevado. Este es un ámbito en el que las autoridades, las organizaciones de medios de comunicación y los colectivos de periodistas deben trabajar juntos con urgencia”, afirmó Aidan White, secretario general de la FIP. Desde 1977 son más de 140 los periodistas asesinados en Colombia, recordó la FIP.⁸

El segundo elemento referido a restricciones no oficiales a la información sobre el conflicto armado tiene que ver con la creciente uniformidad en las versiones sobre la confrontación. El asunto está ligado a políticas editoriales internas de algunos de los medios de comunicación más influyentes para ganar sintonía y para hacer frente, desde lo periodístico, a la caída de sus ingresos por concepto de publicidad, consecuencia a su vez de la crisis económica del país. Esa uniformidad es la que no le permite al perceptor de la información -llámese lector, oyente o televidente- tener interpretaciones distintas sobre los hechos.

La lucha por la sintonía entre los canales privados *RCN* y *Caracol*, los de mayor audiencia e influencia, los ha llevado a una alta competencia en la llamada ‘información de orden público’, que cubre las tradicionales noticias judiciales (las que tienen que ver con delincuencia común y las que produce el Poder Judicial) así como aquellas relacionadas con el conflicto armado. Toda esa información, casi inexorablemente, ‘abre’ esos noticieros de televisión, que la han convertido en un ‘show de la muerte’ en el que tienen un alto protagonismo los comandantes militares (de las Fuerzas Armadas del Estado y de los grupos contraestatales y paraestatales), las armas, las imágenes de acción (reales, simuladas o de archivo), los ‘directos’ desde el lugar de la noticia, los datos espectaculares... Informaciones que en su mayoría carecen de puntos

⁷ El texto completo de la declaración se encuentra en www.andiarios.com.co

⁸ *Nuevos asesinatos en Palestina, Colombia y Chechenia*. Comunicado de prensa de la Federación Internacional de Periodistas. 30 de septiembre de 2002.



de vista que contextualicen los hechos, que hablen de causas, antecedentes y que presenten más voces que desde la sociedad civil y las víctimas de la confrontación amplíen el radio de interpretación de lo ocurrido.

En otras palabras, está ocurriendo lo que Jorge Bonilla Vélez denomina el uso de 'agendas sensacionalistas de la información'. Su hipótesis es que "las agendas de la información televisiva -pero no sólo televisiva- de la guerra y la paz en Colombia se están confeccionando siguiendo las lógicas de producción de la 'prensa sensacionalista' (...) Se trata de unas lógicas de producción sensacionalistas que no sólo se contraponen al modelo informativo de la denominada 'prensa seria' sino que también están asociadas a formas de gestión empresarial de la información propias de una ya larga reorganización de las industrias mediáticas en el mundo entero. Lo que por cierto ha dado nacimiento al fenómeno de alteración cultural denominado 'infoentretenimiento': mezcla de 'temas pesados e intrascendentales, banales o macabros, de argumentación y narración de tragedias sociales comunicadas en tiempo *swing* o de clip o narradas como películas de acción'" (Bonilla 2002: 64).

Para el caso de las noticias de orden público y conflicto en Colombia no resulta diferente ver, por ejemplo, los noticieros de los dos canales privados mencionados porque son similares en todo: en los enfoques de las noticias, las fuentes que consultan, los tipos de imágenes, el despliegue, incluso en la ubicación dentro del noticiero -es increíble cómo cada noticiero empieza y termina casi idéntico al otro, como si ambos tuvieran espías que informaran qué va primero y qué va después, o como si tuvieran un pacto secreto para no *chiviarse* mutuamente-.

Lo más grave es que eso no ocurre sólo en los dos noticieros privados de televisión, que son los que tienen la mayor audiencia, sino que por momentos cubre a otros espacios informativos televisivos como también a noticieros de radio y a la prensa escrita: demasiadas veces, todos los medios informan lo mismo, sobre lo mismo. El fenómeno está inscrito en una corriente

mundial que describe así Ryszard Kapuscinski, el legendario periodista que ha cubierto 17 revoluciones en 12 países del Tercer Mundo: "Es la gran debilidad de los medios modernos. Prensa, radio, televisión. Distintos idiomas, diferentes países, culturas diversas... pero todo el mundo repite lo mismo, de la misma manera y al mismo tiempo. Yo estuve el 11 de septiembre pasado en Nueva York. Fue chocante: todos los medios norteamericanos hablaban sobre el aniversario de los atentados con una misma voz y titularon con las mismas palabras, como si se tratara de un único mensaje distribuido en todos los medios.

Es una de las paradojas de nuestra civilización, cada día hay más emisoras, más canales, más medios pero todos reproducen lo mismo, manejados desde una central. El resultado es un producto pobre y aburrido. Y peligroso. Ahora el periodismo ya no dedica tiempo ni dedicación para descubrir la verdad. El argumento que se utiliza para justificar esa repetición y no buscar algo nuevo es que así lo quiere la opinión pública, una entidad misteriosa que nadie comprobó realmente cómo piensa. Pero el argumento es fuertísimo.

¿Cuándo se ubica ese cambio? [Le preguntaron a Kapuscinski]

Con la revolución electrónica de los últimos 20 ó 30 años. Cambió el valor de la noticia. Ahora la noticia no vale por ser verdadera sino por ser interesante. Es el criterio del mercado".⁹

El otro factor que en Colombia está llevando a esa 'monocromía informativa' es la desaparición progresiva de medios y espacios periodísticos, en especial durante los últimos cinco años. Para el caso de la televisión eso es dramático por la crisis económica de dos de los tres canales públicos de cubrimiento nacional, el *Uno* y el *A*, y por el inusitado poder que han adquirido los privados, los cuales se llevan el grueso de la torta publicitaria para televisión: alrededor del 85 por ciento. Esa situación está llevando a que en los medios audiovisuales haya una verdadera concentración monopólica de la información en los canales privados que, como se dijo antes, cayeron en el círculo vicioso de uniformar y

⁹ La declaración aparece en el boletín número 356 de Medios para la Paz, enviado por correo electrónico.

homogenizar las noticias y las interpretaciones sobre lo que pasa. Y a que los demás, bajo la premisa de poderles competir, estén empleando en sus informaciones algunas características del discurso periodístico de los otros: *espectacularización*, predominancia de comandantes militares como fuentes, notas tipo video clip, etc.

En los últimos cinco años han desaparecido por causas económicas numerosos medios de comunicación en Colombia. Sólo en televisión murieron diez noticieros nacionales en ese periodo: *QAP, 9:30 P.M., Noticiero 24 Horas, Noticiero Nacional, Noticiero de las Siete, Noticiero TV Hoy, Uninoticias, NTC Noticias, En Vivo y El Informativo Nacional*. La crisis cubrió a otros medios como el periódico *El Espectador*, que en septiembre de 2001, después de 114 años como diario, pasó a ser semanal; y a la cadena radial *Radionet*, que en la década pasada se convirtió en la única competencia, independiente de un grupo económico, de las poderosas *RCN* y *Caracol*. La otra cadena 'grande' que existía en la radio colombiana, *Todelar*, está débil desde comienzos de los años noventa y hoy no tiene peso dentro de la prensa colombiana. Medios y programas pequeños de carácter regional o local han desaparecido por decenas o cambiado sus esquemas de trabajo y contratación de periodistas para ser más viables económicamente, pero a costa de sacrificar la calidad de la información: periodistas por contrato a término definido, con bajos salarios, que adicionalmente venden publicidad, reducción de recursos físicos...

Autocensura y restricciones económicas pueden ser entonces consideradas formas diferentes de censura, aunque no se parezcan en nada a las clásicas utilizadas por los Estados en tiempos de guerra o cuando ven amenazada su seguridad nacional por factores desestabilizadores. En este aspecto, Colombia también es atípica con respecto a la información de guerra.

El período de la propaganda

En lo que el Estado colombiano cada vez más tiende a adaptarse a los postulados de la doctrina informativa internacional es en lo

relativo al uso de la propaganda y a la manera en que el Gobierno y sus Fuerzas Militares presentan la información oficial sobre el conflicto interno. Durante los últimos cinco años, las Fuerzas Armadas de Colombia introdujeron cambios drásticos en su estrategia de guerra para hacer frente a la arremetida de la guerrilla, en particular de las Farc, que les propinaron golpes militares de importancia como la retención de casi 500 soldados y policías. Esos cambios en la estrategia incluyeron variaciones en las acciones de 'guerra psicológica', un componente fundamental para librar cualquier confrontación. Guerra psicológica "es el uso planificado de propaganda y otras acciones orientadas a generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos en grupos extranjeros, enemigos, neutrales y amigos, de tal modo que apoyen el cumplimiento de fines y objetivos nacionales (A Psychological Warfare Casebook, Baltimore, 1964, p.2)" (Pizarroso 1993: 34).

En cumplimiento de su nueva estrategia de guerra psicológica, el Estado colombiano y sus Fuerzas Armadas y de Policía han puesto en marcha nuevos programas de comunicación, manejo de la información sobre el conflicto y uso de la propaganda. El objetivo es muy sencillo: fortalecer la imagen institucional e influir sobre la opinión pública nacional e internacional. En esa línea se inscriben acciones como:

- Mejoramiento de relaciones con la prensa: implicó la creación de la agencia de noticias del Ejército, el rediseño y ampliación de contenidos en las páginas web de cada fuerza, facilidad para el transporte de periodistas, camarógrafos y fotógrafos en vehículos militares, mejor organización de las ruedas de prensa y agilidad para la entrega de material informativo que interesa a las Fuerzas Armadas que conozca la ciudadanía (por ejemplo, videos de operativos exitosos o de acciones del enemigo que demuestran su degradación o poco respeto hacia la población civil).
- Acercamiento a sectores influyentes de opinión: con programas para empresarios como ser miembro del Ejército y la Fuerza Aérea por un día, o cursos de capacitación en asuntos militares para congresistas, por citar sólo dos casos.



- Creación de medios informativos propios de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional como emisoras de radio y programas en canales nacionales y regionales de televisión.
- Ampliación del radio de acción de los medios informativos que ya poseían las Fuerzas Armadas: la revista del Ejército, por ejemplo, que antes tenía una circulación cerrada para miembros de las instituciones castrenses, se empezó a vender en la calle en kioscos de revistas y supermercados con temáticas y diseño renovados y aptos para un público general.
- Realización de campañas publicitarias en prensa, radio, televisión, Internet, vallas, carteles y volantes para dar a conocer su efectividad en la lucha contra los factores generadores de violencia.
- Realización de campañas publicitarias de denuncia o desprestigio de los enemigos que se combaten como la guerrilla y los paramilitares.
- Búsqueda de nuevas formas de ganarse el cariño de la ciudadanía y su consecuente identificación con las instituciones militares y policiales: en esa línea se inscriben programas de concurso para jóvenes como *Comandos*, en televisión; presencia de los *Hombres de Acero* en escuelas y colegios; publicación de historietas de los *Hombres de Acero* en los periódicos y de una revista que se consigue en supermercados; montaje de circos en algunas brigadas del país que hacen parte de las llamadas acciones cívico-militares.

No se puede negar que algunas de estas acciones de comunicación venían de mucho tiempo atrás. Sin embargo, sólo en los últimos cinco años se fortalecen y se vuelven permanentes. La mayoría de ellas son bastante recientes si se considera que el conflicto armado tiene más de 40 años. Los ejércitos en muchas partes del mundo siempre han considerado fundamentales las tácticas de propaganda y de guerra psicológica para tener el apoyo continuo de la ciudadanía, máxime en tiempos de guerra, como desde hace tanto tiempo está el país.

En ese sentido, el Estado colombiano y sus Fuerzas Militares y de Policía estuvieron mucho tiempo 'atrasados' al no utilizar en forma debida estas estrategias de comunicación. Su uso

reciente podría hacer pensar que se avanza en un proceso de modernización en cuanto a manejo de la información y que a futuro podría incluir otros elementos de esa doctrina informativa internacional referida a los conflictos. Pero esto último, por el momento, no es más que una hipótesis.

Dos conclusiones

Después de este recorrido por las estrategias informativas que se han desarrollado durante las grandes guerras internacionales de los últimos 30 años, al igual que las particulares del manejo de la información con respecto a la confrontación interna que vive Colombia, quedan para el debate estas dos conclusiones:

1. Muchas de las informaciones que vemos sobre los conflictos internacionales a través de los medios masivos están limitadas por políticas de restricción a la información instauradas por los gobiernos y los ejércitos, y no por normas de autorregulación o responsabilidad que se dictan los propios periodistas o los medios para los que trabajan. Esas políticas son resultado de los cambios que las grandes potencias militares han ido introduciendo en el manejo de la información pública en tiempos de guerra.
2. El cubrimiento de la guerra interna en Colombia tiene unas particularidades propias determinadas por la estructura organizativa e ideológica de los medios masivos, los roles que la prensa da a los actores armados, sus amenazas y presiones, el protagonismo de los actores contraestatales y paraestatales, la puesta en escena del conflicto como show, la propaganda y la desinformación.

Y aunque la doctrina informativa internacional referida a conflictos hasta hace muy poco aparecía lejana, en nuestro país ya hay signos de que esos postulados se están empezando a utilizar. Signos que advierten posibles cambios en el futuro en algunas políticas de información oficial sobre el conflicto armado, para acercarlas a parámetros usados en confrontaciones internacionales que restringen y manipulan la labor de la prensa en momentos de conflicto bélico. Ese tipo de políticas impiden que la

prensa ayude a la formación de una opinión pública bien informada, pero han dado buenos resultados a los intereses políticos de los gobiernos y de los ejércitos cuando las han usado. Cuando han librado guerras que, como las del mundo actual, cada vez tienen más batallas en el territorio de los medios masivos de información.

Bibliografía

BONILLA VÉLEZ, Jorge (2002), *Periodismo, guerra y paz – Campo intelectual periodístico y agendas de la información en Colombia*, en: Revista Signo y Pensamiento número 40, Bogotá: Departamento de Comunicación – Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana.

Corporación Medios para la Paz (1999), *Para desarmar la palabra –Diccionario de términos del conflicto y de la paz*, Bogotá: Corporación Medios para la Paz.

GÓMEZ, Ignacio (2002), *Informe de 2002 - Fundación para la Libertad de Prensa (Flip)*. En: www.flip.org.co

GÓMEZ NADAL, Paco (2002), *Los muertos no hablan*, Aguilar: Bogotá.

HERR, Michael (1980), *Despachos de Guerra*, Barcelona: Editorial Anagrama.

Informe de la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en su Misión de Observación en el Medio Atrato. 20 de mayo de 2002.

KISSINGER, Henry (1980). *Mis memorias*. Buenos Aires: Editorial Atlántida, cuarta edición.

MARÍN CALAHORRO, Francisco (1999), *Los conflictos de fin de siglo y los medios de comunicación - El Síndrome de Vietnam. Las Malvinas. La Guerra del Golfo*. Borradores de investigación.

PIZARROSO QUINTERO, Alejandro (1991), *La guerra de las mentiras – Información, propaganda y guerra psicológica en el conflicto del Golfo*, Madrid: Eudema S.A.

_____ (1993), *Historia de la Propaganda – Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*, Madrid: Eudema S.A.

SOHR, Raul (1998), *Historia y poder de la prensa*, Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

_____ (2002), *Las guerras que nos esperan: EEUU ataca*, Santiago de Chile: Ediciones B, tercera edición ampliada.